

flaca, se sintió revivir abrazando á sus hijos: los hijos, que habían guardado de ella el más dulce recuerdo, que habían llorado por ella durante tantos meses, no se cansaban de acariciarla: jamás afecto más vivo y más profundo ha unido á una madre con sus hijos, y este afecto duró tanto como la vida de Josefina.

Los dos hijos de la vizcondesa se hallaban vestidos de luto, y ella misma pudo ya tener en su prisión todo cuanto necesitaba. Madame Tallián era la que cuidaba de ella con una solicitud completamente fraternal, y la que cada día le llevaba á sus hijos desde que, á favor de la oscuridad y agitación que envolvían entónces los destinos de la Francia, pudo conseguir llevarlos la primera vez.

Por fin llegó á estallar la revolución: la memorable jornada del 9 Thermidor esparció sobre aquel caos de sangre y de ruinas su poderosa luz, y monsieur Tallián, uno de los que tomaron en ella parte más activa, corrió con su mujer á dar la libertad á la vizcondesa de Beauharnais, que al ver la luz del día y el claro azul del cielo cayó de nuevo sin conocimiento alguno.

X.

El Directorio sucedió á la Convención: Josefina, acogida en casa de madame Tallián con sus hijos, de nada podía disponer, ni tenía con qué vivir: todos los bienes de su marido habían sido confiscados: no tenía en su poder la más pequeña cantidad, y esta precaria situación, de la que no sabía cómo salir, la agobiaba con todo su terrible peso y con todas sus angustias.

Sin embargo, su amiga le daba ánimo sin cesar y la animaba á esperar días mejores: era Teresa Cabarrús una mujer verdaderamente extraordinaria, y cuya historia daremos en esta galería: dotada de pasiones fuertes, la generosidad era en ella también una pasión, y cuando amaba, era con el mismo entusiasmo que cuando aborrecía.

Imposible sería contar las aventuras amorosas que tuvo durante su vida, y más imposible todavía enumerar los inmensos favores que prodigó á toda persona errante, perseguida, necesitada, por cualquiera título, de cualquiera manera que fuese: casada con Mr. Tallián, con el cual había sostenido relaciones amorosas muchos años antes, aquel matrimonio tuvo por principal objeto una generosidad constante é ilimitada.

Entonces Teresa Cabarrús se hallaba en el apogeo de su belleza, pues apenas contaba treinta años: era trigueña, con hermosos ojos y cabellos negros: aunque adorada por su esposo, ella le profesaba sólo una buena y leal amistad, y su corazón estaba vivamente interesado por Napoleón Bonaparte, que entonces empezaba su gloriosa carrera, y que la perseguía con las manifestaciones de una pasión ardiente y exclusiva.

Madame Tallián animaba el valor de Josefina y subvenía á todas sus necesidades: cuando la vizcondesa hubo recobrado algún tanto la tranquilidad de su ánimo, Teresa la presentó una noche en casa de Barrás, que era uno de los cinco Directores.

Al entrar aquellas dos encantadoras mujeres en el salón del Director, brillantemente iluminado, oyóse en todos los ángulos un lisonjero murmullo de admiración.

Ambas eran tan graciosas, tan bellas, tan elegantes, que los ojos erraban de una á otra sin saber en cuál de las dos se habían de fijar.

Madame Tallián era más alta y más delgada que la vizcondesa: la gallardía de su persona estaba animada, no por esa dureza de contornos, que parece inseparable de las figuras académicas, sino por una gracia muelle y blanda, por decirlo así, que se comunicaba á cuanto hacía y decía.

Una viveza alegre formaba el fondo de su carác-

ter, no obstante estar dotada de una sensibilidad profunda.

Vestía con santuosidad y con una elegancia que no halló rival en nadie, y con la cual sólo tuvo alguna semejanza la de la joven y bella madame Recamier.

Josefina tenía dos años más que Teresa, pero aparentaba seis ú ocho menos: la graciosa y blanda redondez de sus formas, su aire juvenil, y la armonía de sus facciones, hacían de la vizcondesa un tipo, si no perfecto, á lo menos único en su clase, y dotado de un supremo é irresistible encanto.

Teresa podría tener rivales: no era posible que se le ocurriese á ninguna mujer el competir con la vizcondesa, porque no tenía comparación con ninguna otra.

Josefina se negó durante muchos días á acompañar á su amiga á casa del Director.

—¿A qué he de ir yo de nuevo al mundo? le preguntó dolorosamente.

—A ser de nuevo el más bello adorno de los salones, respondió madame Tallián.

—Yo no lo deseo.

—Por eso lo lograréis.

—¿Y qué puede ya darme el mundo?

—Lo que más necesitáis.

—Sólo necesito el olvido de mis penas.

—Y eso es precisamente lo que el mundo os dará.

—¿Lo creéis así?

—Estoy segura.

—¡Olvidar yo á mi marido! ¡A mi adorado esposo, muerto tan desastrosamente!

—Yo no creo que vos le olvidéis; pero sí que pensaréis en él con menos dolor que hoy.

—Vos no me conocéis, ¡Teresa! observó Josefina moviendo tristemente la cabeza, no olvidaré jamás á Eugenio, porque él fué el primer hombre á quien amé.

—Volveréis á amar.

—¡Jamás!

—Yo os digo que sí.

—Yo os aseguro que no.

—Pues bien, observó madame Tallián riéndose dulcemente; á lo ménos acompañadme para...

—¿Para qué?

—Para conquistar la amistad de Barrás.

—¿Y de qué me serviría?

—¿Olvidáis que es uno de los cinco jefes del Estado?

—¡No! Pero qué tiene que ver...

—Os puede devolver vuestros bienes; ¿no os alegraría esto?

—¡Oh! Más bien me alegraría por mis hijos que por mí.

—Por todos, amiga mía: ya sabéis lo desinteresada que soy yo: y sin embargo, creo que la fortuna es precisa para vivir.

—También lo creo yo: pero ya sabéis que ahora no se devuelve á nadie su fortuna.

—¿Quién sabe si vos lo lograríais y abriréis el camino para otros? Vamos, mi querida Josefina: poneos todo lo bella que podáis, y acompañadme á casa de Barrás: es forzoso que le conquistéis; es indispensable, y os será muy fácil conseguirlo si queréis.

Quando entraron en el salón, á las nueve de la noche, se hallaba ya lleno de gente: madame Tallián llevaba un traje de seda púrpura, con listas de oro, y en la cabeza una especie de turbante oriental, también púrpura y oro, de cuyo tocado nos ha quedado una muestra en los retratos de madame Staël, la inmortal autora de *Corina ó la Italia*.

Un collar de oro muy grande y muy rico, con esmaltes negros, ceñía el esbelto cuello de Teresa Cabarrús, *la diosa de la caridad*, como se la llamaba entonces: por debajo del traje, corto, ceñido, y muy semejante á los que ahora usamos, se veía todo el pie de Teresa, pie enano, admirable por su pequeñez y su arqueada forma; aquel piececito, fino, delgado, juguetón, estaba calzado con una primorosa media de seda, color de lila claro, con espigas bordadas de oro, y con un zapatito de raso blanco, adornado de un lazo, cuyo corazón lo formaba un grueso brillante.

Quando andaba Teresa, aquellos diamantes bri-

llaban como esos fuegos que nos atraen en la oscuridad: cuando se sentaba y agitaba sus pies entre los sedosos pliegues de su falda, parecían los brillantes dos sonrisas, que atraían y encantaban todas las miradas.

Sus guantes blancos y largos hasta cerca del codo eran de un corte exquisito, de extremada finura, y dejaban ver un poco de su brazo blanco y torneado, hasta el punto donde llegaba el borde de la manga corta y muy hueca.

Una banda de raso lila, bordada de oro, ceñía el lindo y flexible talle de Teresa.

Aquel tocado casi regio, aquel traje de colores deslumbrantes, aquel collar digno de una sultana del Mysori, parecían como los accesorios necesarios de la espléndida belleza de madame Talliën.

Su compañera vestía con mucha más sencillez: un traje de seda blanco con listas azules dibujaba deliciosamente el talle de Josefina: un ceñidor azul, y una sola rosa blanca prendida en sus hermosos cabellos negros completaban su adorno: por collar llevaba dos sartas de perlas finas, pero de diminuto tamaño.

Todas sus joyas de valor habían sido vendidas para los gastos de instalación en una casa modesta, á la cual iba á retirarse en breve con sus hijos.

La vizcondesa, blanca como el nácar, rosada como una niña, con sus grandes ojos azules guardados de largas y negras pestañas, parecía no te-

ner más de veinte años: reinaba en toda su figura esa gracia casta y decente, presente encantador de la juventud, y que con ella se evapora en algunas mujeres, aunque en otras persiste como el sello eterno de una alma delicada y noble.

La melancolía envolvía en su dulce sombra las facciones de la vizcondesa; pero el talento brillaba en todas y en cada una de ellas, como el sol brilla á través de los celajes de la mañana: formaban aquellas dos mujeres el más perfecto contraste; pero el pensamiento iba indeciso de la una á la otra, vacilaba entre las dos, y regularmente acababa por fijarse en Josefina, como en la más dulce de aquellas dos bellas creaciones.

Ya hemos dicho que un lisonjero murmullo de admiración acogió la entrada de madame Talliën y de la vizcondesa de Beauharnais: Barrás salió á recibirlas, y expuso á Josefina en cuánto estimaba la distinción que le hacía honrando su casa con su presencia, pues ya la considerase como la viuda del ilustre vizconde de Beauharnais, ya por su propio mérito, siempre era para él un inmenso favor su amistad.

Josefina correspondió con gracia y dulzura á las palabras del Director: el eco melodioso y suave de su voz llamó la atención de un hombre que se apoyaba en el extremo de una mesa dorada; y que al entrar madame Talliën la había saludado con una singular expresión.

Aquel hombre era de estatura mediana y de poca corpulencia, aunque no podía llamársele delgado: su cuello, un tanto corto, lo parecía más, á causa de la anchura de sus robustos hombros: su pierna nerviosa y fina aparecía de una forma intachable, ceñida por su rica media de seda: sus cabellos castaños y ondulados eran finos, suaves y abundantes, y se hallaban cortados militarmente.

En cuanto á su rostro, es difícil imaginar un conjunto de facciones más perfecto, más académico, pero también más duro y más frío.

Sus grandes ojos, que participaban del gris, del verde y del azul, tenían la deslumbradora mirada del águila real, y parecían ligeramente hundidos á causa de la prominencia de sus cejas: su ancha frente reflejaba bajo la lisura y pulidez del mármol, la calma del genio y el poder de la reflexión: uníase á ella una recta y severa nariz romana, con una línea casi sin inflexión, conservando una forma purísima: y bajo aquella nariz, moraba una boca, de tal belleza de contorno, que no ha tenido igual.

Eran sus labios delgados, finos, suaves y móviles, como las hojas delicadas de una rosa, y sus dientes, más bien que dientes, parecían una sarta de menudas perlas de Oriente; pero aquella boca tan bella, tan dulce, tan delicada y amorosa, tenía á cada lado un pliegue que acusaba un carácter de hierro y una indomable fuerza de voluntad.

Vestía aquel hombre el uniforme de general, y bajo su coraza, se veía su ancho y robusto pecho: el zapato con hebilla descubría su pie delgado y fino como el de una mujer: sus manos eran blancas como el marfil, torneadas, y llenas de hoyos, y todo ésto se adivinaba, á pesar del rico guante blanco que las cubría, y sobre el que caía una nube de encaje.

Sus mejillas delgadas y el corte de su rostro redondo y un tanto ancho acababan de dar á aquel hombre un aspecto que imponía y atraía á la vez con un poder irresistible: era la belleza griega, unida al poder de la más alta civilización.

Desde que entró, madame Talliën le había columbrado, y para él fué su primera mirada al penetrar en el salón; pero aquella mirada estaba llena de timidez y de súplicas, y la que le respondía encerraba un enojo y una cólera, que ella leyó palideciendo intensamente.

Cuando Josefina contestó al lisonjero cumplimiento de Barrás, el eco dulce y armonioso de su voz hizo volver la cabeza al hombre que se apoyaba en la mesa y del cual acabamos de ocuparnos.

Sabida es la influencia que un eco grato de voz ejerce en algunas personas impresionables, y la voz de Josefina tenía un eco encantador.

Como si el hombre apoyado en la mesa fuera la persona más importante de las que había en el salón, Barrás tomó el brazo de la vizcondesa, y antes

de conducirla á un asiento, se detuvo delante de aquél, y se lo presentó diciendo:

—El general Bonaparte.

Josefina se inclinó.

—La vizcondesa de Beauharnais—añadió Barrás señalando á su compañera.

El general se inclinó á su vez, aunque levemente y con frialdad, delante de Josefina.

—Venid á hablarme—dijo madame Tallián á Bonaparte, luégo que hubieron pasado Barrás y Josefina.

—¡No!—dijo aquél:—no iré.

—¡Os lo ruego!

—Os digo que no.

—¡Tengo que daros explicaciones!

—No os las pido.

Teresa se puso pálida, enjugó una lágrima y pasó, reuniéndose al instante á Josefina, que acababa de sentarse.

El general miró á otra parte sin afectación alguna, y sin demostrar en su semblante la menor emoción, al paso que la de Teresa se hacía cada instante más dolorosa y más visible.

XI.

Napoleón Bonaparte, el coloso que ya empezaba á asombrar al mundo con la fama de sus hechos, estaba entonces en relaciones amorosas con Teresa Cabarrús, ó sea madame Tallián, la amiga y protectora de Josefina; pero una nube densa y preñada de relámpagos, envolvía entonces el cielo de aquel amor puro y azul hasta entonces.

Teresa era coqueta y además adorada en la especie de corte que rodeaba al Directorio.

Napoleón era celoso y exclusivo en sus afectos, siendo la soberbia la cualidad que sobresalía en su carácter.

Teresa por su parte amaba apasionadamente á Bonaparte, y aunque su natural inclinación le obligaba á desear la lisonja y la adulación, en el fondo de su alma vivía un afecto exclusivo y profundo por el general.

La vista de Josefina impresionó á Napoleón de una manera extraña y nueva en él, pues si bien era un hombre de pasiones vehementes, era tal el poder que tenía sobre sí mismo, que nadie sabía dominarse mejor que él.

Sin darse cuenta de lo que hacía, se fué aproxi-

mando á la linda viuda, para no perder uno solo de sus movimientos ó de sus palabras.

Todo cuanto Josefina habló aquella noche le parecía encantador y lleno de gracia: sus frases, que expresaban siempre ideas claras y justas acerca de todo: su encanto natural, el eco melodioso de su voz, todo cautivaba á Napoleón, y todo le parecía superior á cuanto hasta entonces había visto.

Acercóse á Josefina y le habló, respondiéndole ella con la dulce cortesía que le era habitual.

No es posible pintar los tormentos que padeció madame Tallián durante aquella velada fatal: afectó atender á las galanterías de los mismos que otras veces escuchaba con placer; pero su pensamiento estaba lejos de allí, y su mirada distraída daba claros indicios de lo que pasaba en el fondo de su alma.

Cuando salieron de casa de Barrás, en vano madame Tallián trató de disimular lo que sufría: al contestar cuando le hablaba Josefina, una involuntaria amargura asomaba á sus labios: comprendía demasiado que su amiga había hecho una fortísima impresión en el hombre á quien ella amaba, y un presentimiento muy triste le avisaba de que su amor había recibido un golpe mortal.

Al día siguiente la vizcondesa de Beauharnais comprendió lo que pasaba en el corazón de su amiga, aunque se reconocía inocente del delito de

ingratitude; ella no había hecho nada para provocar la atención de Bonaparte: había contestado cuando le hablaba, con aquella atención que la cortesía exige. ¿De qué podía, pues acusarla su amiga? A su parecer de nada, y su injusticia la indignó sobremanera, decidiéndose á marcharse al instante á la casa que tenía ya buscada para ella y sus hijos.

Sin embargo, no quiso salir con enojo de la casa donde tan generosa hospitalidad había recibido, y disimuló su malestar, para despedirse afectuosamente de monsieur y madame Tallián.

La vizcondesa, instalada ya en su pobre y modesta casa, y sola con sus hijos, respiró con más libertad.

Nada, absolutamente nada había allí de fausto ó de riquezas, y la humilde medianía era lo que sobresalía en todos los detalles; pero la vizcondesa estaba dotada de un gusto natural y exquisito que todo lo embellecía.

La habitación, situada en un cuarto piso de una de las calles más retiradas de París, era pequeña, pero contenía todos los aposentos necesarios para que la madre y los hijos viviesen con bastante comodidad.

Una sala cuadrada hacia las veces de salón, y se hallaba cubierta con una tela de seda morada con flores azules, de escaso precio, pero de muy buen gusto: sillones á la Voltaire y dos divanes

pequeños le amueblaban, y el testero principal estaba ocupado por un hermoso piano de palo santo, donde Josefina y su hija lucían su talento musical.

Las cortinas de los balcones y la tapicería de los muebles eran igual á la tela que cubría las paredes.

Una puerta cubierta con una cortina de seda conducía á dos salitas ocupadas por la vizcondesa y por su hija, y separadas sólo por un lindo gabinete de tocador que les era común.

Al otro lado de la casa estaba el comedor y el cuarto de Eugenio, adornado muy sencillamente con una cama de hierro, una piel de tigre por alfombra, una librería de palo santo y una panoplia formada por algunas ricas armas que habían pertenecido al difunto vizconde de Beauharnais.

Los aposentos de la vizcondesa y de su hija estaban adornados con alguna más delicadeza y primor.

—Mamá—dijo Hortensia al entrar en la casa—¿por qué hay en mi cuarto esa bonita sillería forrada de merino de color de rosa, y en el tuyo otra cuyos asientos son de seda verde?

—Porque á tu edad, hija mía, la vista y el ánimo necesitan de alegría.

—¿Y por qué mi cama tiene cortinas de muselina bordada, y la tuya sólo de tela persa?

—Porque yo destino para ti todo el primor que

me es dado emplear: lo bello es necesario á la juventud como el rocío á las flores.

—Tú eres aún muy joven, mamá.

—Pero tú eres aún niña.

—¡Qué bonita es esta casa!—exclamó ingenuamente Hortensia, tendiendo sus ojos por el salón y por los dos gabinetes, cuyas puertas se hallaban entreabiertas:—¿por qué dicen que la riqueza es precisa para la felicidad? Á fe que nosotros nos hemos quedado pobres, y sin embargo, aquí vamos á ser muy dichosos!

—¡No obstante, mis pobres hijos, muchas privaciones tendréis que sufrir! murmuró tristemente la vizcondesa, tomando en las suyas las manos de Hortensia y de Eugenio, que de pie, al lado de su madre, parecía sumergido en una cavilación profunda.

—¡Sufrir, mamá! ¿Pues qué nos falta aquí?—exclamó Hortensia:—tenemos flores en el salón, un lindo aposento para cada uno, una criada que nos sirva, salud y esperanza en Dios... ¿qué más podemos desear?

—Vosotros erais ricos, mis pobres hijos, y ahora, si hemos de vivir, habremos de trabajar.

—¿Y qué más gloria, mamá, que la de vivir de nuestro trabajo?

—¡Ah! ¡mi pobre niña!—exclamó la vizcondesa, imprimiendo un triste beso en la pura frente de Hortensia:—¡Tú hallas en todo el inocente entusias-

mo de tu edad! ¡Pero yo, aunque poco, sé más de la vida que tú! El pan del trabajo, hija mía, es muy amargo de ganar; pero, sin embargo, como tú has dicho muy bien, tenemos esperanza en Dios, y él no nos abandonará.

—¿Quién se ha llevado los bienes que eran nuestros?—preguntó Eugenio saliendo de la profunda preocupación que le embargaba.

—¡La revolución, hijo mío, la revolución nos ha arruinado, y sin embargo, más que la pérdida material de nuestros bienes, siento otra pérdida, la de un objeto que hubiera querido conservar siempre!

—¿Y qué objeto es ese, madre mía?

—¡La espada de tu padre! Cuando el desarme general de los ciudadanos se le recogió, y aquella espada gloriosa debía haber sido tuya.

—¡Lo será! repuso Eugenio con resolución.

—¿Qué dices?

—Que en vuestro nombre, madre mía, y en el mío, iré mañana á reclamar esa espada al general Bonaparte.

Un estremecimiento imperceptible agitó las delicadas cejas negras de Josefina al oír este nombre.

Tal vez ella misma no hubiera sabido explicar la sensación que experimentaba si le hubieran interrogado acerca de ella; pero la sensación fué tan rápida como profunda.

Su hijo lo advirtió, y le dijo afectuosamente:

—¿Acaso, mamá, tienes miedo á ese hombre admirable, al que yo considero como á un semi-dios?

—No participo de tu entusiasmo por él, respondió la vizcondesa, que había logrado dominar su emoción; pero tampoco le temo ni le aborrezco.

—¡Aborrecer á Napoleón Bonaparte!—repitió Eugenio:—¿Cómo puede ser eso? Siendo el más valeroso de los hombres, debe ser también el más generoso y justo, y seguro de esto, iré mañana mismo á pedirle la espada de mi padre.

XII.

Al día siguiente, y cuando el general Bonaparte acababa de vestirse para salir, le anunciaron que un joven, casi un niño, deseaba de él un instante de audiencia.

—No puedo ahora recibir á nadie—respondió Bonaparte, voy á salir.

El criado iba á trasmitir esta contestación, cuando pensando, sin duda, que aun podía disponer de algunos instantes y que quizá al día siguiente estaría más ocupado, llamó al criado después de consultar al reloj.

—Esperad—le dijo—ese joven ¿ha dado su nombre?